Tema 3: ciclo 4.1

La comunidad humana: Visión cristiana de la sociedad

La persona y la sociedad

El amor al prójimo es inseparable del amor a Dios.

La persona humana necesita la vida social: ésta es una exigencia de su naturaleza.

El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana.

El orden social y su progreso deben subordinarse al bien de las personas y no al contrario.

La inversión de los medios y de los fines, lleva a dar valor de fin último, a lo que solo es medio para alcanzarlo, o a considerar a las personas como puros medios para un fin, engendra estructuras injustas.

El camino, es el de la caridad, es decir, del amor de Dios y del prójimo. La caridad representa el mayor mandamiento social y aunque no sea posible establecer en la historia un orden social perfecto, sabemos sin embargo que cada esfuerzo sincero por construir un mundo mejor cuenta con la bendición de Dios y que cada semilla de justicia y amor plantada en el tiempo presente florece para la eternidad.

El bien común y el principio de subsidiaridad

El bien común es el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permitan a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir mas plena y fácilmente su perfección.

Las exigencias del bien común:

- El compromiso por la paz, que no es solo la ausencia de guerra o de violencia.
- La correcta organización de los poderes del estado.
- El sólido ordenamiento jurídico, sin ambigüedad ni exceso de normas.
- La salvaguardia del ambiente.
- La prestación de los servicios esenciales para las personas, alimentación, educación, trabajo, salud, etc...
- La tutela de la libertad religiosa, por la cual toda persona ha de poder ejercer libremente el derecho a profesar y manifestar, individualmente o comunitariamente la propia religión o fe.

Según la doctrina social de la iglesia, el principio de subsidiaridad es aquel por el cual todas las sociedades de orden superior deben ponerse en una actitud de ayuda y respecto a las menores, por tanto, de apoyo, promoción, desarrollo, etc... En el centro de la vida social está la persona, poseedora de la dignidad humana, que es el valor intrínseco que tiene por haber sido creada a imagen y semejanza de Dios y redimida por

Cristo. Cada persona es única e irrepetible y tiene “algo” que aportar a la sociedad.

La autoridad

Se llama autoridad la cualidad en virtud de la cual personas o instituciones dan leyes y órdenes a los hombres y esperan la correspondiente obediencia.

Jesús rechaza el poder opresivo y despótico de los jefes sobre las naciones y su pretensión de hacerles llamar benefactores, pero jamás rechaza directamente las autoridades de su tiempo.

San Pablo define las relaciones y los deberes de los cristianos hacia las autoridades. Insiste en el deber cívico de pagar los tributos. “Dad a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor”. El apóstol no intenta ciertamente legitimar todo poder, sino más bien ayudar a los cristianos a “procurar el bien ante todos los hombres” incluidas las relaciones con la autoridad, en cuanto está al servicio de Dios para el bien de la persona.

Si bien la autoridad responde a un orden fijado por Dios, “la determinación del régimen y la designación de los gobernantes han de dejarse a la libre voluntad de los ciudadanos”

La autoridad no saca de sí misma su legitimidad moral. Solo Dios puede exigir todo al hombre.

La sumisión, no pasiva, sino por razones de conciencia al poder constituido responde al orden establecido por Dios.

La autoridad sólo se ejerce legítimamente si busca el bien común del grupo en cuestión y si para alcanzarlo, emplea medios moralmente lícitos.

El ciudadano no está obligado en conciencia a seguir las prescripciones de las autoridades civiles si éstas son contrarias a las exigencias del orden moral, a los derechos fundamentales de las personas o a las enseñanzas del evangelio.

“Quien recurre a la objeción de conciencia debe estar a salvo no sólo de sanciones penales, sino también de cualquier daño en el plano legal, disciplinar, económico y profesional”. Es un grave deber de conciencia no prestar colaboración, ni siquiera formal, a aquellas prácticas que, aún siendo admitidas por la legislación civil, van contra la ley de Dios.

Carlos Rebollo